

—¡Cuando conozcais el desenlace, ya veréis hasta qué grado es inocente!

La polaca pronunció estas palabras de tal modo, que hubiera ahogado los escrúpulos de la más severa de las criaturas.

La mujer la miraba con creciente admiración.

Jamás había pisado aquel suelo una mujer tan hermosa y tan rica.

Los Servoz se amaban. Eran un matrimonio modelo.

El maná caía al fin en su desierto.

¡Qué alegría la de Servoz, cuando ella le entregara aquella suma! ¡Qué felicidad, ser libres!

—Estais en vuestra casa—dijo.—Mandad, y se os obedecerá.

A las cinco, cuando concluía el día, la polaca, sola, á la ventana, contemplaba con mirada inquieta los últimos resplandores del sol poniente, cuando distinguió la silla de posta del conde Giuseppe.

Los ojos de Wanda miraron siniestramente, y suspirando con ahogo, exclamó:

—¡Al fin!

XXXIV

Cuando los tres viajeros se acercaron al chalet de los Servoz, pudieron convencerse, con gran contentamiento, de que la cocina del guía estaba bien provista.

El conductor no les había engañado.

El albergue era bueno.

Las cacerolas y demás utensilios abundaban, y estaban limpios como una patena.

Parecía que les esperaban.

Un cocinero, de buena presencia, se ocupaba en condimentar los guisos, que exhalaban exquisito olor.

El conde Giuseppe, antes de entrar, miró con disimulo al piso principal, y vió luz á través de las cortinas.

La princesa vigilaba.

Se sentía un agradable calor en toda la casa.

En el comedor estaba todo preparado.

El italiano se deshizo en elogios, y manifestó que no esperaba hallar un lugar tan confortable.

La hostelera y su hija, cuya alegría no podía ser mayor, le acogieron con tal solicitud, que el buen caballero parecía conmovido.

Acarició las sonrosadas mejillas de la muchacha, como hubiera podido hacerlo un prelado dando la confirmación; pidió que le indicaran en seguida una habitación donde pudiera arreglar un poco su desordenada *toilette*, desaliño inevitable siempre que se hace un largo viaje.

El conde Giuseppe Rovero salió del aposento perfectamente vestido de pies á cabeza, atildado como una dama, empolvado y perfumado como un abate presumido.

Sus compañeros hicieron lo propio. El general y el marqués se procuraron en Autun y Chalón los objetos que les faltaban des-

pués del naufragio en que creyeron perecer.

Por una casualidad, que no debió ser fortuita, la habitación del estimable Giuseppe se hallaba justamente al lado de la que ocupaba el viajero que llegó antes que nadie al *chalet*.

Por otra casualidad, no menos singular, había una puerta de comunicación entre esos dos aposentos.

El conde no tenía más que empujarla para entrar en el cuarto de su vecino, que al ruido de sus pasos se apresuró á descender el cerrojo.

El joven había cambiado también de traje. Wanda volvía á ser mujer.

Púsose un vestido de terciopelo negro, fino como el raso; el cuerpo dejaba descubierta parte de la garganta hasta el nacimiento del pecho, cuya admirable blancura contrastaba con el oscuro color del traje.

—¿Qué hay?—preguntó ella.

—Aquí están, princesa.

—¿Os acordais de mis instrucciones?

—Como si las acabara de oír.

—¿Las ejecutaréis, Giuseppe?

—Al pié de la letra. Todo está preparado. Os ruego, princesa, que os digneis no olvidar lo que me habeis prometido.

—Sí. La tranquilidad para el resto de nuestra vida. Nos retiraremos á algun puerto de mar, del lado de Spezzia. ¡Hoy se trata de un acto de justicia! Ese hombre me ha empujado al asesinato. A no ser por él, lo juro, no

hubiese abrigado ni por asomo semejante idea.

Y continuó en voz baja, pero animada:

—Con el príncipe, ¿qué me faltaba? Nada. Era generoso y bueno. Yo tenía honor, fortuna y tranquilidad. ¿Qué importa el resto? ¡Tormento y miseria, el mentido amor que rebaja y enloquece! De nuestras víctimas, Giuseppe, una sobre todo me causa terribles remordimientos. Es aquella pobre mujer tan noble, tan buena, que, hasta muriendo salvó á su asesino. ¡Él fué quien la mató! ¿Por qué lo habré querido? ¿Qué daño me hizo ella? ¡Ninguno!

El, sí, perecerá; y ha de ser del mismo modo que los que le han precedido en la tumba; no dejará ningun remordimiento en mi alma. ¡Ah! qué rabia se apoderará de él cuando comprenda que á su vez ha caido tambien en el lazo! Quiero verle expirante, y decirle: Soy yo, Wanda, quien te mata; la mujer de quien te has burlado como si fuera una chiclela ó una cortesana despedida para que otra, la predilecta, ocupe su lugar, caliente aún.

Sí, soy yo. Mirame. Estaba ahí. Te seguía la pista. Creíste que te perdonaba, y que después de haberme librado de mi marido, para no dejarte; después de haber envenenado á una mujer inocente y desgraciada, para poseerte yo sola, en la locura de un amor imbécil, me iba á dejar insultar con tanta audacia y cinismo sin devolver, centuplicado, el mal que me hacías. ¡Me conoces tan poco y tan mal! Hombre ciego y estúpido!

Se detuvo un instante, y luego repuso:

—¿Pero á qué hablar tanto, no ha llegado el momento de castigar?

—Sí, princesa.

—Idos pues.

Giuseppe se inclinó ante su señora en ademán sumiso; luego bajó al comedor.

Los otros le habían precedido.

Los dos criados del italiano estaban sobre aviso.

Apesar del buen alojamiento que tenían, el marqués se hallaba de muy mal humor.

A medida que se alejaba del Morvan, su deseo de volver era más violento. Estaba arrepentido de tal resolución. En el primer momento de la catástrofe de Chevagnes se apresuró á huir del teatro del desastre, como se huye del volcán en erupción, temiendo que ésta se reproduzca; pero el recuerdo de Solange le atormentaba. Quería volver á verla, recuperarla, aunque tuviera que encerrarla entre las cuatro paredes de un castillo convertido en prisión, para alejarla de sus cómplices y ¿quién sabe? puede que de su amante.

Cuanto más iba alejándose de ella, más la recordaba y mejor creía verla; los celos, cada vez mayores, torturaban su alma.

En vano trató el conde Rovero, durante la comida, de distraerle con su verbosidad meridional; en vano también el cocinero empleó todo su talento en los exquisitos manjares.

Apenas probaba ninguno.

Von Gæben bebía para aturdirse y olvidar su derrota.

Al final de la comida el conde hizo una seña á uno de los criados, que destapó dos botellas y llenó las copas de los invitados.

—Permitidme que os ofrezca una copita de *lacryma-christi*—dijo galantemente Giuseppe,—para borrar el recuerdo del pésimo vino que hemos bebido.

Von Gæben aplaudió y bebió su copa de un trago.

Oliverio le imitó maquinalmente, por pura cortesía.

A una nueva seña de Giuseppe, el criado desapareció, después de haber colocado una de las dos botellas frente al general.

Von Gæben demostró su admiración por el célebre vino, vaciando la botella hasta el fondo, gracias á lo cual cambió el color de sus ideas, que fueron mucho más risueñas; pero en cambio el marqués cada vez estaba más taciturno y más lúgubre.

El alemán y el italiano se engolfaron entonces en una discusión acerca de la guerra y sus consecuencias, cuando de repente, el conde Giuseppe interrumpió á su compañero preguntándole:

—¿Qué ruido es ese?

Dos caballos se detuvieron á la puerta.

Eran cerca de las nueve; la noche no podía ser más oscura.

—¿A ver que pasa?—ordenó el italiano á su gente.

El marqués despertó de su somnolencia y

aguardó, levantando la cabeza, á que se presentara aquella nocturna visita.

—Dos viajeros que desean pasar la noche en el *chalet*—dijo uno de los criados.— El amo pregunta si los señores quieren admitirlos en su compañía.

La serena frente del conde se nubló.

—¿Su nombre?—preguntó.

—He aquí la tarjeta.

El italiano la miró, y leyó en alta voz:

El conde Roberto de Souvray.

Oliverio se levantó bruscamente, como si hubiera recibido una conmoción eléctrica.

Hay, en efecto, una fuerza mucho más poderosa que la voluntad del hombre, para dirigir siempre sus acciones.

Puede llamársele casualidad, si se quiere.

El conde de Souvray no dejó de hallar dificultades en el camino, y no sin riesgo logró llegar al *chalet*. Fueron siguiendo las huellas del conde Rovero y su séquito; pero el italiano tenía la ventaja de poder cambiar de caballos, mientras que Roberto y La Briseur no pudieron hacer otro tanto.

Hasta Moirans, todo fué bien.

Souvray pudo calcular que esperaría al enemigo en los alrededores de Gex.

Pero entre Morains y la Faucille, en un pedregroso camino que aumentaba la fatiga de la marcha, el caballo de La Briseur, que hacía tiempo iba trotando con la cabeza baja, comenzó á dar señales de cansancio.

Las cuarenta leguas que había recorrido, eran la medida de sus fuerzas.

Estaba rendido.

Ragot, por el contrario, trotaba con igual ligereza que al principio.

Fué, pues; á costa de muchos trabajos como los dos ginetes llegaron al *chalet*; lo cual fué una sorpresa inesperada para ellos, que no contaban ni con aquel albergue, ni con que el conde Rovero pasara allí la noche; cuando no había más que descender por un buen camino para llegar á Gex, y de allí encontrarse sin dificultad en Ginebra.

Así es que cuando el mayor de los Souvray entró en la sala donde el italiano y sus compañeros acababan de comer, experimentó la misma sensación que el marqués de Taunay cuando oyó pronunciar el nombre de su primo.

Se detuvo un instante en el dintel, estupefacto.

La casualidad le colocaba frente al enemigo cuando menos lo esperaba.

Su vacilación no pasó inadvertida al marqués.

—¡Por Dios, caballero!—dijo burlescamente, que la aventura es singular, no para nosotros, sino para vos.

—¿Por qué, caballero?—preguntó Roberto, recuperando su sangre fría.

—¿Quizá os parezca raro hallar sentadas á esta mesa á las mismas personas que creíais haber mandado al otro mundo y que faltan á lo que os deben al hallarse todavía en este?

—Efectivamente, caballero. Si hubieran sido tratados según sus méritos, Dios no hu-

biera hecho ningún milagro para salvarlos.

—Ha hecho uno, sin embargo...

—Os engañais, en esto no hay milagro. Tenia aviso de que existiais...

—¿Ya?

—Y precisamente por esa razón es por lo que me veis aquí.

—¿Se puede saber qué venís á hacer?

—Vengo á deciros que uno de nosotros está demás en el mundo, y que es preciso que vos ó yo salgamos de él.

—¿Por qué camino?—preguntó el marqués con altanería.

—Por el más corto,—dijo friamente Roberto.

—¿Es una provocación?

—Bien neta.

—¿Un duelo de familia, entónces?

—No sois para mi más que un extraño.

—Bueno. Decid más bien que un enemigo, y mortal.

—Caballeros...—dijo en tono conciliador Giuseppe.

—Caballeros....—repitió Von Gøben, levantándose para interponerse.

—Dejadnos—dijo el marqués;—son cuentas antiguas que solo nosotros debemos saldar. Durarán poco tiempo.

Y dirigiéndose á su primo:

—Abreviemos. ¿Venís á buscarme quella?

—Ya os lo he dicho.

—¿Quereis batiros?

—Es mi deseo.

—¿No habiendo logrado asesinarme, pretendéis suprimirme de otro modo?

—No hablemos aquí de asesinato, señor de Taunay, os lo ruego,—dijo el conde con tal acento, que hizo estremecer al conde Giuseppe.

—¿Vuestras armas?

—Las que elijais.

—¿Sitio?

—Este en que estamos.

—¿Hora?

Roberto miró á un reloj de pared, que estaba colgado en un ángulo de la sala, y contestó:

—Dentro de cinco minutos puede esto quedar terminado, si quereis.

—¡Diablo! Mucha prisa teneis, primo mío.

—¿Acáso no es igual la vuestra?

—¡Ya lo creo! No podeis hacerme proposición que más me agrade, puesto que os odio. ¿Vuestros testigos?

—¿Los necesitamos?

—Ciertamente.

—Confío en que estos caballeros consentirán en prestarse á ello.

Oliverio, presentándolos, dijo:

—El general Von Gøben, una de vuestras víctimas. El conde Giuseppe Rovero. Para que todo esté en regla, dos criados asistirán también como caballeros en desgracia. ¿Os agrada así?

—Como gustéis.

Giuseppe comprendió que resultaba inútil intentar todo arreglo.

El conde de Souvray estaba tranquilo; pero no el marqués, cuyos ojos brillaban de cólera. Todo su ser respiraba uno de esos implacables odios de familia que, semejante á los odios religiosos de otros tiempos, son más feroces entre dos hermanos que entre dos extraños.

Buscaron armas. El italiano era hombre prevenido. El cofre de su carruaje contenía armas y cartuchos.

Eran pistolas de grueso calibre, con las cuales hubiera uno podido defenderse de una manada de lobos.

Ambos primos las aceptaron.

Quedó convenido que se colocarían cada uno en un extremo de la sala y que, dada la señal, dispararían, á voluntad, cambiando cuatro balas.

El marqués impuso las condiciones.

Estas eran la muerte de uno de los adversarios; quizás de los dos.

El italiano cargó las armas con lentitud.

Observaba al mismo tiempo la fisonomía del marqués, y estaba sorprendido de hallarla tan animada.

Sin embargo, el buen Giuseppe conocía la eficacia del elixir que Oliverio debió tomar, mezclado al *lacryma-christi*.

Fué precisamente él, Giuseppe, quien llenó la copa del príncipe Cavalli en el palacio de los Morosini, en Venecia; él, quien echó agua perfumada en el vaso de la desgraciada Elena, en la avenida Montaigne, la noche de la fiesta dada en su obsequio, para ocultar tan abominable crimen.

Jamás había tardado tanto en surtir efecto el veneno de la bohemia.

La querrela entre ambos primos pasó sin ruido, sin levantar la voz siquiera, y á puerta cerrada.

La hostelera y su hija, ocupadas en la cocina, no oyeron nada.

—Démonos prisa, os lo ruego—dijo el marqués al italiano.

Después de haber experimentado desde luego una especie de salvaje satisfacción, pensando en que iba á poder saciar su deseo de venganza, obedeciendo los impulsos del odio, tornóse nervioso, inquieto.

Y al cabo de algunas tentativas por dominarse, se pasaba la mano por la frente para enjugar el sudor.

Poco despues se pudo observar que apenas podía sostenerse y defenderse de una especie de languidez que se apoderaba de él por momentos.

—¿Está todo?—preguntó haciendo un vigoroso esfuerzo para abandonar el asiento.

—¿Os empeñais?—dijo suspirando el estimable Giuseppe.

—Dadme el arma—contestó el marqués.

Von Goeben, siquiera por fórmula, intentó una última tentativa de conciliación.

—¡Es una lucha salvaje!—exclamó.

Souvray esperaba á que acabaran los preliminares con el semblante impasible, como el de la justicia.

Von Goeben colocó por sí mismo á los dos adversarios en sus respectivos puestos; á pe-

sar suyo les entregó las armas y se retiró á un lado.

Luego dió tres palmadas quee ran la señal.

Era tal el silencio que había en la sala, que se hubiera podido oír la respiración de un niño dormido.

Souvray miraba á su adversario y aguardaba.

No sin gran sorpresa, vió que el señor de Taunay dejó caer el brazo, cual si estuviera cansado, desfallecido, y que no disparó el arma.

El conde creyó ver tambien que se tambaleaba, apoyándose contra la pared para no caer.

—¿Qué teneis, caballero?—preguntó, adelantando unos pasos.

Pero de súbito, experimentando algo así como un espasmo, más rápido que el pensamiento, el marqués levantó la mano.

Oyóse una detonación.

El conde sintió como un latigazo, cerca del hombro, en el brazo izquierdo, y contestó en seguida con otro disparo.

Oliverio cayó al suelo y el arma se desprendió de su mano.

Von Gœben se acercó para levantar al marqués.

—¿Estais herido?

—Por toda respuesta, Oliverio fijó en él una mirada extraviada, se llevó la mano al pecho y balbuceó algunas palabras incoherentes.

—¡No! es aquí.

Su voz era opaca, confusa ininteligible. Le

pesaba tanto la cabeza, que no podía levantarla.

La llegada del conde de Souvray, al enardecerle la sangre, le dió fuerzas ficticias contra el terrible veneno de Miska, la bohemia; pero esas mismas fuerzas estaban agotadas. Von Gœben no tenía en sus brazos más que un cuerpo inerte.

—Le habeis matado, caballero,—dijo á Roberto de Souvray, que estaba muy pálido.—Es preciso que alguien monte á caballo, vaya al pueblo y traiga un médico.

El conde Giuseppe apoyó con calor las palabras del general.

—Un médico, un médico en seguida—dijo.

Pero había algo de ironía en su rostro; sabía á qué atenerse respecto de la herida del marqués y el mal que acababa con él.

Las dos mujeres del *chalet*, que eran muy devotas, acudieron á las detonaciones, arrodilláronse á un lado, y se pusieron á rezar.

De súbito, al observar al herido, Von Gœben vió que abría desmesuradamente los ojos y miraba espantado algo que se hallaba frente á él. Al mismo tiempo, y por un movimiento convulsivo, extendió la mano hacia la pistola, arrastrándose por el suelo, como para defenderse contra alguien.

El general se volvió.

—¡Vos!—dijo.—¡Vos aquí!

La Princesa estaba á su lado, hermosa como nunca, tranquila y fría como una aparición, y fijando en su antiguo amante el rayo de su profunda mirada:

—¿No os advertí que deseaba tener una última explicación con el señor de Taunay? —contestó ella.—He escogido este lugar, en la esperanza de que nadie nos estorbaría. Según parece, no soy la única enemiga del marqués; pero confiaba en no hallar aquí á ninguno de los otros.

Hablaba lenta y despreciativamente.

Y dirigiéndose á Souvray, repuso:

—¿Estais herido, caballero?

—En el brazo.

—Vuestra bala se ha perdido—siguió diciendo friamente la Princesa, señalando un agujero que había en la pared, debajo de la cabeza del general.

Y continuó en voz más baja, de manera que sólo la oyese el conde:

—Felizmente estaba yo aquí. ¿Sufrís mucho?

—No os ocupeis de mí, sino del señor de Taunay—dijo.

La sangre manaba de su herida; pero no podía ocuparse en contenerla. La bala de su adversario le había atravesado las carnes de parte á parte; pero aquella escena le interesaba demasiado para dar importancia al dolor que sentía.

Adivinó el drama preparado por la polaca, y acordóse de Elena de Rocheville, que en la estufa del hotel Cavalli sucumbió también víctima del mismo veneno que mataba á su asesino.

—¡La pena del Talión!

Y la envenenadora estaba allí, altanera y

expléndida, frente á su nueva víctima, desafiando, gracias á su fortuna, á su secreto y á su infernal habilidad, todo castigo.

—Pero entonces, si el marqués no estaba herido—dijo el general asombrado, y buscando en vano el hilo de todo aquello—¿qué sucede?

—¿Qué sé yo!—dijo la polaca.—Quizás no sea más que un mal pasajero. El marqués está sujeto á estas crisis. Además, ¿qué os importa?

—¿Que busquen á un médico! La ciencia...

—¡La ciencia!—exclamó con cruel ironía la Princesa.—¿Creeis que habita en esta montaña árida y desierta, donde no ganaría nada? ¡Llamadla si quereis, amigo mio.

Se expresaba con altivez, dirigiendo al general una mirada de desafío, como si él hubiera querido disputarle su presa.

A una seña suya los criados levantaron al marqués y le llevaron á su habitación.

El digno Giuseppe Rovero siguió el convoy paso á paso, con triste mirada etal si todo aquello le llegara al alma.

—¡Terrible noche! ¡Cuántas desgracias!—decía.

Si se hubiera tratado de su hermano ó de su mejor amigo, no hubiera demostrado mayor aflicción.

Von Goeben se hallaba sinceramente conmovido.

Cuando el enfermo fué colocado en el lecho, parecía estar en el período de la agonía. Tenía los ojos cerrados.

La Princesa, acercando un pomo á sus labios, le hizo beber el contenido.

Entonces, el fenómeno que se operó en Elena de Rochevieuille, gracias al remedio del doctor Durand, se reprodujo en Oliverio.

Poco á poco fué abriendo los ojos y recordando el sentido.

—Dejadnos solos—ordenó la polaca á Von Goben y á los criados.

Y dirigiéndose al conde de Souvray, que estaba pálido como la cera y próximo á caer desfallecido, le dijo:

—Vos, caballero, quedaos. Podeis oirlo todo.

XXXV

La habitación donde se desarrollaba esta lúgubre escena, estaba casi vacía.

Nada más que dos ó tres miserables muebles constituían su adorno; y colgado en la pared había un crucifijo de cobre sobre una cruz de madera negra, que destacaba sobre el tono claro de la pared.

Los Servoz eran religiosos.

Aquello parecía la celda de un monje.

La Princesa estaba de pie á la cabecera del lecho de su amante.

Roberto de Souvray, agotadas las fuerzas, se sentó en una silla.

Su primo paseó en torno suyo una mirada velada ya por la proximidad de la muerte, y advirtió que Wanda esperaba á que recobrará el sentido por completo.

Entonces coordinó sus ideas, sus recuerdos, y lo comprendió todo.

—¿Me ois y me veis?—preguntó.

El contestó con voz débil:

— Sí.

—Vais á morir dentro de breves instantes—dijole, acercándose más al lecho.—Los otros quisieron mataros. Sin duda no os odiaban bastante, puesto que os han dejado escapar. Yo, os hubiera dado de puñaladas, con mi propia mano, en plena calle, antes que permitir que vivierais.

El no contestó, y quiso volverse del otro lado.

Ella lo impidió y continuó diciendo:

—¡Me has perdido con tu maldito amor! No sé por qué te he amado, puesto que, no tienes fé en nada; eres odioso, falso, ¡y... yo tan insensata! Has sido el único hombre que hizo latir mi corazón. Los demás, como si no existieran. Fui esclava de tu voluntad, al extremo de que si me hubieras dicho que matara á mi madre, te hubiese obedecido. Es raro, ¿no es verdad? ¡Y, sin embargo, es lo cierto! Antes de conocerte, era feliz y brillante. No amaba al príncipe, pero le estimaba. No me había hecho más que bien. A él se lo debo todo, la riqueza y la vida, puesto que sin él no me quedaba más recurso que uno: descender á la vergüenza de las mujeres que se venden, el último grado de abyección, echarme al agua ó despedazarme tirándome á un precipicio. Y á ese hombre le maté por tu causa, por seguirte, por no separarme nunca de tí.